

Perdonar de corazón¹

1. Algunas veces nos habremos encontrado con pasajes de la Escritura particularmente difíciles de comprender. Textos oscuros y misteriosos que nos desconciertan y en los que es difícil encontrar la luz. Pero en otros pasajes bíblicos ocurre todo lo contrario. Son clarísimos, son textos cuyo problema no es de *comprensión* sino de *aplicación*. Palabras del Señor que incluso quisiéramos no entender y así tener una excusa para no vivirlos.

Me parece que tal es el caso del pasaje de san Mateo que hoy se nos propone. Un día, *Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces? Jesús le contestó: “No solo hasta siete, sino hasta setenta veces siete”²*. La respuesta del Señor además de transparente en sí misma, se completa con la elocuente parábola del siervo despiadado. El contraste no podía ser más nítido. Un gran señor, magnánimo, perdona de modo generoso e inmediato una inmensa deuda a uno de sus siervos. Y este patético personaje, apenas abandona el palacio de su amo, se encuentra a un infeliz que le debe una bagatela. Se niega a otorgarle facilidades de pago, casi lo estrangula y termina encarcelándolo.

La airada reacción del gran señor no se hace esperar: *Siervo malvado. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haber tenido compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti? Jesús, luego de narrarnos el merecido castigo impuesto al ingrato siervo, concluye con una sentencia solemne: Pues lo mismo hará mi Padre celestial con ustedes, si cada cual no perdona de corazón a su hermano.*

Con la ayuda de la gracia

2. Insisto, aquí la dificultad no está tanto en entender como en vivir. El perdón que pide nuestra fe es, en teoría, una idea hermosísima, pero al momento de ponerla en práctica las cosas se complican notablemente. Pienso que, quién más quién menos, todos habremos experimentado la amargura de una grave ofensa. Y, en consecuencia, habremos comprobado que *perdonar de corazón*, como quiere Jesús, no es nada fácil. Debe destacarse, además, que no estamos ante un tema menor. Se trata de una de las exigencias centrales de la moral cristiana. Como nos lo recuerda, entre tantos otros pasajes, la oración del Padre nuestro: *perdona nuestras ofensas, puesto que también nosotros perdonamos a todo aquel que nos ofende*³.

Ante esta ardua propuesta, ¿qué hacer?, ¿por dónde empezar? Lo primero que se me ocurre es pedir ayuda al Señor. Conociendo la mezquindad del corazón humano, es evidente que sin la ayuda de Dios no podremos cumplir la alta meta que se nos pide. Me viene a la memoria lo que se cuenta de santo Tomás de Aquino. Aquel gran sabio, en su sencillez, cuando afrontaba un grave problema teológico y no encontraba la solución, acudía a la capilla del convento, abría el sagrario y colocaba su genial cabeza junto al Santísimo Sacramento en busca de luces. Pues algo análogo podríamos hacer nosotros. Al

¹ Homilía en el XXIV domingo del tiempo ordinario, ciclo A.

² Evangelio, *Mateo* 18, 21-35.

³ *Lucas* 11, 4.

rezar ante el sagrario o al recibir la Sagrada Comunión, pedirle al Corazón de Jesús que al contacto con el nuestro, lo abra, lo queme y purifique, para que batallemos menos en amar y perdonar.

Gradualidad y verdad

3. Otra consideración que puede ayudar, sería fomentar una cierta gradualidad. La enseñanza de las matemáticas no empieza por la geometría analítica o el cálculo infinitesimal, sino por la aritmética: las sumas y las restas. Si nos ejercitamos en perdonar las pequeñas ofensas o desaires que recibamos en la convivencia diaria, cuando llegue el momento de una cosa de más categoría, estaremos mejor dispuestos.

Puede ayudar también una sencilla distinción que con frecuencia se nos olvida. Perdonar a quien nos ofende no equivale a desconocer la ofensa recibida. Si un compañero de trabajo nos levanta una calumnia, si un pariente desaprensivo nos arrebató la parte de la herencia que nos corresponde, si alguien traiciona la confianza que habíamos depositado en él, no se trata de decir que la calumnia, el despojo o la traición no existan. La verdad es la verdad. Se trata de que distingamos entre el pecado y el pecador. Entre la conducta desordenada y ofensiva, y quien la realizó.

C. S. Lewis en uno de sus escritos⁴ apuntaba que esta distinción durante algún tiempo le pareció completamente absurda: *¿Cómo se podía odiar lo que hacía un hombre y no odiar a un tiempo al hombre mismo?* Hasta que un día cayó en la cuenta de que lo que tan imposible le parecía, él lo había hecho montones de veces a lo largo de su vida. Odiar las cosas malas que hace un hombre y amar al hombre que las hace era algo que hacía constantemente cuando el hombre en cuestión era, precisamente, *él mismo*. Lewis aborrecía, como es lógico, sus diversas reacciones de codicia, de egoísmo o de envidia y, reiteradamente, sin mayor dificultad, seguía queriéndose a sí mismo.

Pienso que todos podemos compartir esta vivencia. Aborrecer la calumnia o la traición y, al mismo tiempo, tratar de mirar con indulgencia a quien las comete, pensando que nosotros mismos podríamos ser los protagonistas de esas debilidades. Es más, ir un poco más allá, y anhelar que quien se ha comportado así, algún día, caiga en la cuenta de lo que ha hecho, se arrepienta, repare el daño infligido y vuelva al buen camino. En una palabra, que se humanice, incluso que se santifique. Y no olvidemos que de no hacerlo, los primeros perjudicados seremos nosotros mismos, porque nos llenaríamos de rencor e impediríamos al Espíritu Santo habitar en nuestras almas. Desde el punto de vista espiritual, si no perdonamos, ciertamente no nos convertiremos en demonios, pero sí seremos, al menos, como momias. Entes muertos en vida, repugnantes.

La perspectiva de la propia muerte siempre ayuda. Con sabiduría lo propone el Sirácide en la primera lectura: *piensa en tu fin y deja de odiar*⁵. Que no arrastremos por la vida calamidades como el rencor y la cólera, el odio y la venganza, porque además de amargar nuestra existencia, podríamos comprometer incluso nuestra salvación eterna.

⁴ Cfr. C.S. Lewis, *Mero Cristianismo*, pp. 130 y ss.

⁵ Primera lectura, *Sirácide (Eclesiástico)* 27, 6.

Pongamos nuestro pobre corazón en el Dulce Corazón de María pidiéndole que lo purifique y lo lleve al Corazón de Jesús⁶.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 13 de septiembre de 2020.

⁶ Cfr. San Josemaría, *Surco*, n. 830.